

Un mes en presencia de una gran fuerza

Me parece estar frente a una gran fuerza desde que apareció el virus covid-19 en nuestra vida. Pasaban las semanas y, ante la creciente ola de contagios, aumentaba en mí (y a mi alrededor) el estado de alerta y, como consecuencia, una creciente ansiedad y miedo. Me sentía cada vez más vulnerable, hasta que me dí cuenta de que la vida de todos nosotros estaba en manos de la suerte: alguien se salvaría, alguien no.

El sábado 6 de marzo, en el Parque Attigliano, había una cita para hacer el trabajo de revisión mensual: qué dificultades he encontrado este mes y cómo las estoy enfrentando. Espero con ansias esta reunión con los otros mensajeros para aclarar las dificultades que acabo de describir. Antes de partir, como todos los sábados por la mañana, acompañé a mi madre a caminar. No fuimos al mercado como a ella le gusta; caminamos por una calle más aislada para evitar el contacto con muchas personas. Después de unos minutos, paramos en una tienda que vende pastas caseras. Mientras la vendedora nos sirve, siento que algo me está pasando, tengo la sensación de que alguien dentro de mí apaga la luz por un momento. Inmediatamente después todo vuelve a la normalidad y continuo comprando, pensando que la sensación había sido extraña, típica de cuando uno está a punto de desmayarse, mientras que, tanto antes como después, me sentí perfectamente. Salimos de la tienda y luego de unos pocos pasos me doy cuenta de que mi madre está caminando mal. ¡Le había pasado algo! Le hablo y me doy cuenta de que el lado derecho de su rostro está casi paralizado: acababa de tener una especie de hipoxia y, como sucede en estos casos, no se había dado cuenta. Al mantener la calma para no asustarla, encontré una manera de llevarla de inmediato a la casa.

Lo más probable era que el malestar fuese resultado de un pico de presión debido al hecho de que esa mañana y la anterior se había olvidado de tomar las famosas píldoras para contener los valores de presión. Mientras esperaba para hablar con el médico, comencé a hacer pedidos. Pedí que la situación no fuera grave, que se resolviera fácilmente, sin tener que ir a la sala de primeros auxilios donde habría sido arriesgado llevarla debido a la emergencia del virus.

Después de un tiempo de haber vuelto a casa, comencé a sentirme diferente; ya no estaba sobrepasada por los temores como lo había estado durante algunas semanas, comencé a sentir una cierta fuerza que crecía dentro de mí. Era como si de repente mi "forma de sentir" hubiera cambiado. Empecé a aclararme sobre qué estaba pasando. Como resultado, mis deseos pasaron a un segundo plano; se habían convertido en el postre al final de un almuerzo en un restaurante, ¡una opción que reservas para el final, si es que aún lo deseas!

Pasada una hora y media, mi madre comenzó a hablar y caminar bien. Seguimos las instrucciones del médico: las píldoras adecuadas y mucho descanso.

Por la tarde fui a Attigliano. ¡Feliz de poder participar en el intercambio y consciente del hecho de que era una oportunidad que no podía dar por descontado!

La semana siguiente fue la que nos vio a todos cumpliendo con las restricciones gubernamentales para enfrentar el problema de la rápida infección del virus. El jueves, después del trabajo, me llamaron y me dijeron que una chica a la que había dado una clase a corta distancia la semana anterior, había resultado positiva al test y que por lo

tanto tenía que quedarme aislada dado el riesgo de que yo también hubiera contraído el virus

¡Qué fácil es volver a caer en esos espacios donde los miedos que yacen en el fondo de la conciencia vuelven a tomar vida! Una mala noticia es suficiente y ya se desatan. ¡Pero está claro que la noticia no es culpable de mi estado, porque esos miedos de sabor conocido ya estaban dentro de mí, y resuenan con mayor fuerza cuanto más me tocan las situaciones externas!

Durante los días de aislamiento que han seguido, fue una gran ayuda el darme cuenta de la magnitud de la situación externa. Acepté la situación y estaba claro para mí que no quería pasar esos días en casa rodeada de miedos, porque desde allí solo pueden alimentarse futuras imágenes catastróficas. Nunca dejé de encontrar maneras de mantenerme conectada con la parte más profunda de mí misma, durante unos momentos al día con un pedido, un agradecimiento, ceremonias compartidas con otros... este esfuerzo significaba poder mantener una dirección, a pesar de la sucesión de diferentes estados de ánimo.

En el lugar opuesto a donde están los miedos, existe ese espacio interno de gran calma: es el espacio desde el cual puedo hacer contacto con la fuerza interna. En este espacio quedo a la espera, recordando cuando Silo dice en una charla de 2005 "Tenemos que atarnos al palo, como hizo Ulises".

Rachele Calabrese

Roma 25 de marzo de 2020

Un agradecimiento por la traducción va a Isabel Torres y Monica Brocco